



Puerto Montt, 5 de octubre de 2018.

Queridos hermanos y hermanas:

Los saludo con afecto en el Señor, y les escribo en este XXVII Domingo del Tiempo común de la Iglesia, para compartir con ustedes unas breves reflexiones que desde mi corazón de padre y hermano en esta Iglesia de Puerto Montt deseo hacerles llegar.

Como Iglesia chilena somos testigos y protagonistas de un tiempo especial en el caminar de la comunidad, tiempos complejos y en más de alguna ocasión teñido de tristeza y escándalo; los abusos sexuales, de poder y conciencia, de sacerdotes y religiosos, nos duelen en el alma, por cuanto cada dolor humano no nos resulta indiferente (Lc 10, 25-37). El Papa Francisco nos ha dicho que con valentía debemos “mirar de frente el dolor causado, el rostro de sus víctimas, la magnitud de los acontecimientos”¹; es el camino que como comunidad creyente estamos y seguiremos haciendo, conscientes que “en medio de la oscuridad siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce fruto.”²

¿Qué pensar frente a lo que vivimos como Iglesia?, ¿qué hacer ante la crisis en que estamos?, ¿qué respuesta creyente estamos llamados a dar?, son preguntas que nos hacemos todos, y que en lo personal no dejan de cuestionarme.

Con sinceridad debo decirles que me ayuda mucho, para esbozar una respuesta, el texto de Juan 20, 24-29. La experiencia del Resucitado que hace el apóstol Tomás, nos permite acercarnos a las llagas de Cristo, pero no nos dejan estancados en ellas, la exclamación de Tomás “¡Señor mío y Dios mío”!, no son el grito de quien ha visto a un muerto, sino que son las de aquél que se ha encontrado con el Viviente, con el Resucitado.

Desde esa perspectiva, podemos hoy reconocer las llagas de Cristo, pero la mirada no es una mirada que se encierra en la muerte, el pecado o el dolor, es una mirada que con los ojos abiertos³, reconoce que la muerte no tiene la última palabra en la vida del hombre. La última palabra es siempre palabra de esperanza, de alegría y de vida.

El Papa Francisco en una reflexión el año 2017 señalaba: “Dios... nos ha creado porque nos quiere felices. Es nuestro Padre, y si nosotros aquí, ahora, experimentamos una vida que

¹ Carta del Santo Padre Francisco al Pueblo de Dios que peregrina en Chile, 31 de mayo de 2018

² Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 278.

³ J. B. Metz: “Jesús no enseña una mística de ojos cerrados, sino una mística de ojos abiertos, una mística del deber incondicional de percibir el sufrimiento ajeno”. *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Santander, Sal Terrae, 2007, p. 177

no es aquella que Él ha querido para nosotros, Jesús nos garantiza que Dios mismo está obrando su rescate. Él trabaja para rescatarnos”⁴.

Expresa el Papa que los cristianos “... creemos que en el horizonte del hombre existe un sol que ilumina por siempre. Creemos que nuestros días más bellos deben todavía llegar. Somos gente más de primavera que de otoño”⁵. Plásticamente el Papa en ese discurso se pregunta: “¿Yo soy una persona de primavera o de otoño? De primavera, que espera la flor, que espera el fruto, que espera el sol que es Jesús; o de otoño, que está siempre con la mirada hacia abajo, amargado...”⁶

En septiembre iniciamos la primavera en nuestro hemisferio sur, estos últimos días en nuestra región sin embargo hemos tenido intensas lluvias, granizos y hasta nieve en algunos lugares. ¿Nos quedaremos lamentando el frío que no nos quiere dejar?, si observamos los árboles, veremos hermosos brotes verdes, indicio que la primavera se prepara para mostrarse en plenitud. El evangelio nos habla en Mt 13, 24-30.36-43, que frente al trigo y la cizaña Dios sabe esperar, con paciencia y misericordia. El Papa Francisco señala refiriéndose a este texto: “Ante la cizaña presente en el mundo, el discípulo del Señor está llamado a imitar la paciencia de Dios, alimentar la esperanza con el apoyo de una firme confianza en la victoria final del bien, es decir de Dios”⁷.

Esa esperanza es el fundamento de la experiencia cristiana, sólo desde ahí podemos decir que confiamos en el triunfo de Cristo sobre la muerte y el pecado. Por ello la alegría nos moviliza en nuestra vida, por ello podemos decir junto con los discípulos que contemplaron a Jesús Resucitado: “¡Hemos visto al Señor!”(Jn 20, 25).

Ese encuentro con Jesús Resucitado nos invita siempre a colocarlo en el centro de nuestro actuar y quehacer eclesial, desde la consideración básica que el Espíritu Santo no es patrimonio de unos pocos elegidos. Por eso el Papa nos dijo a la Iglesia en Chile de forma muy fuerte y clara: “El Santo Pueblo fiel de Dios está ungido con la gracia del Espíritu Santo; por tanto, a la hora de reflexionar, pensar, evaluar, discernir, debemos estar muy atentos a esta unción. Cada vez que como Iglesia, como pastores, como consagrados, hemos olvidado esta certeza erramos el camino. Cada vez que intentamos suplantar, acallar, ningunear, ignorar o reducir a pequeñas elites al Pueblo de Dios en su totalidad y diferencias, construimos comunidades, planes pastorales, acentuaciones teológicas, espiritualidades, estructuras sin raíces, sin historia, sin rostros, sin memoria, sin cuerpo, en definitiva, sin vidas”⁸.

Queridos hermanos y hermanas, necesitamos una Iglesia en que cada uno de ustedes, desde su particular vocación, asuma su protagonismo, necesitamos que cada uno obtenga su “carné de mayor de edad”⁹, que juntos, sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos sepamos

⁴ Papa Francisco, Audiencia General, 27 de Agosto de 2017.

⁵ *Ibíd.*

⁶ *Ibíd.*

⁷ Papa Francisco, Oración del Ángelus, Domingo 20 de julio de 2014.

⁸ *Op. cit.* Papa Francisco, 31 de mayo de 2018.

⁹ Encuentro del Santo Padre Francisco con los jóvenes, Santuario Nacional de Maipú, 17 de enero de 2018.

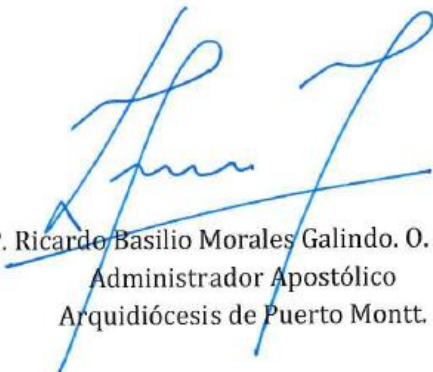
“caminar juntos”, que seamos capaces de decirnos lo que sentimos o pensamos, no sintiendo que somos “mejores” o con más autoridad que otros para hablar; respetarnos en nuestra dignidad creciendo en humildad; solo esto es capaz de involucrarnos a todos en una Iglesia con aire sinodal que sabe poner a Jesús en el centro¹⁰.

Deseo invitarlos a renovar nuestra fe y esperanza en el Señor resucitado, desde nuestra experiencia con Él podremos dar testimonio que nuestra alegría no es “superficial”, que nuestra esperanza no es un “maquillaje”, que se fundamentan en la certeza de un Dios cercano, que no nos abandona aun en medio de las tormentas que podamos experimentar.

Les aseguro mi oración y cercanía de hermano en la fe, les pido humildemente que me ayuden a ser un buen sacerdote y pastor este tiempo que comparta con ustedes hasta el nombramiento del nuevo Arzobispo, no lo sé todo y no lo puedo todo. De mi parte les aseguro poner todo mi esfuerzo y desvelo en procurar que Nuestro Señor sea más conocido y amado, sobre todo descubriéndolo en los más pobres y vulnerables de nuestra sociedad; que podamos ser esa Iglesia que nos pide el último Sínodo Arquidiocesano: “Con el ejemplo de fe y caridad de consagrados y laicos, se puede promover el bien del prójimo y el encuentro con Cristo.... Estamos convocados a «vivir el Evangelio de la fraternidad y la justicia».”¹¹

Que María Santísima, nuestra Madre del Carmelo, nos siga protegiendo y amparando, desde su regazo le pedimos que continúe intercediendo por cada uno de nosotros ante su Hijo Jesús.

Fraternalmente,


P. Ricardo Basilio Morales Galindo. O. de M.
Administrador Apostólico
Arquidiócesis de Puerto Montt.



¹⁰ Op. cit. Papa Francisco, 31 de mayo de 2018.

¹¹ Cfr. N° 63 y 64. Documento Conclusivo III Sínodo Arquidiócesis de Puerto Montt.